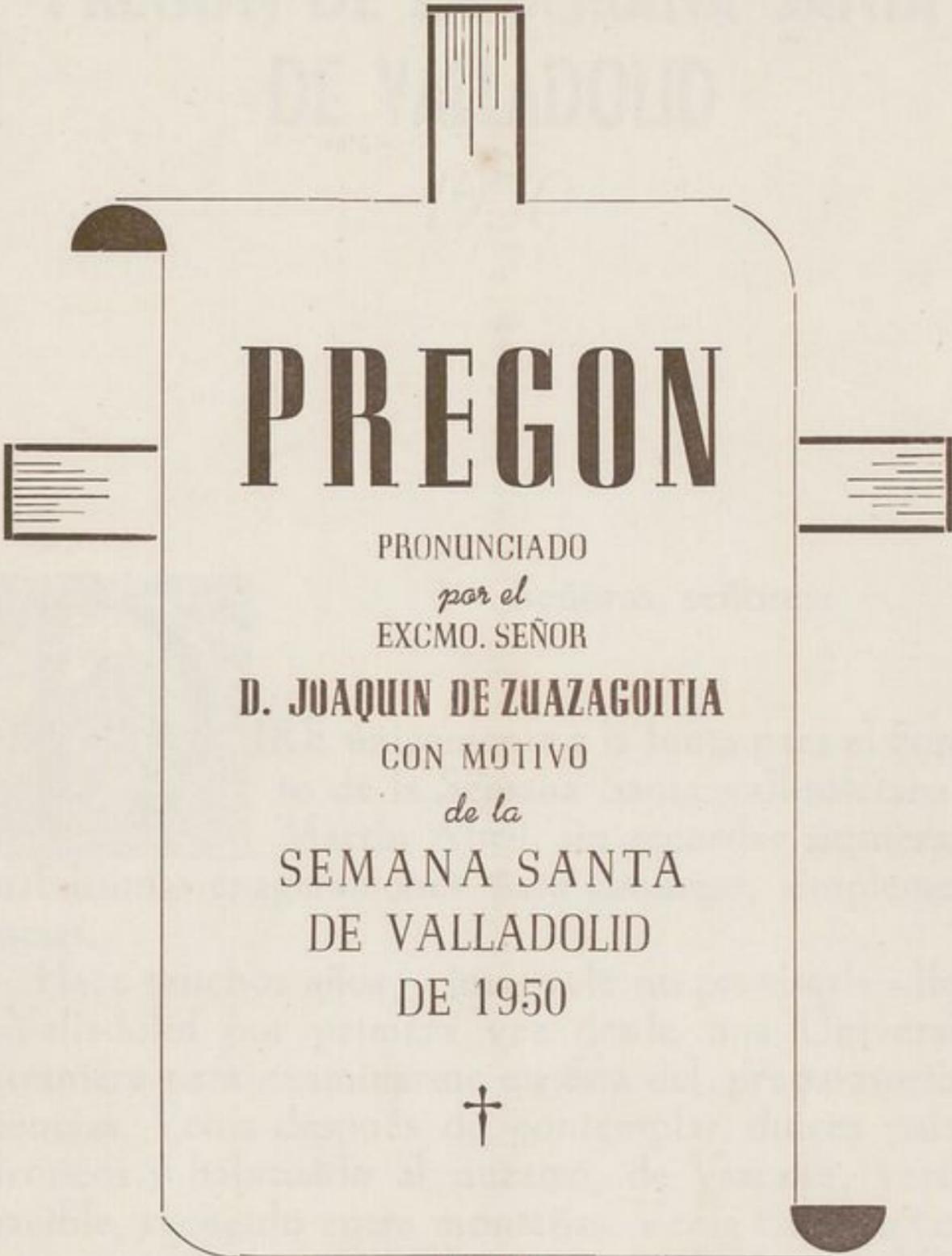


JUNTA PARA EL FOMENTO DE LA SEMANA SANTA



PREGON

PRONUNCIADO

por el

EXCMO. SEÑOR

D. JOAQUIN DE ZUAZAGOITIA

CON MOTIVO

de la

SEMANA SANTA

DE VALLADOLID

DE 1950



TEATRO DE CALDERON

22 DE FEBRERO

MIERCOLES DE CENIZA

FA - C.1-20

IMPRESOS GERPER - HEROES DE TERUEL, 4 - VALLADOLID





R. 17894

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE VALLADOLID

1950

Señoras, señores:



DIRE únicamente a la Junta para el Fomento de la Semana Santa vallisoletana y a Martín Abril, sin recordar siquiera sus amabilísimas exageraciones para conmigo, simplemente: gracias.

Hace muchos años —¡más vale no precisar!— llegué a Valladolid por primera vez desde una Universidad extranjera para examinarme en ésta del preparatorio de Ciencias. Venía después de contemplar dulces paisajes europeos y habituado al nuestro, de Vizcaya, verde y apacible, recogido entre montañas. Venía también contagiado de aquel amor que mostró un bilbaíno, D. Miguel de Unamuno, por el paisaje castellano. Llegué a Valladolid de noche, apuntaba ya el verano y vuestra Acera, bajo la luz artificial, florecía de atuendos veraniegos en las muchachas y de uniformes azules en los cadetes de la Academia de Caballería.

Biblioteca del Archivo



1323396

FA - C.1-20

Había corrido el tren a través del paisaje castellano y yo llegaba emocionado por la grandeza de vuestra tierra, por esa llanura que dispara las almas al cielo, de la misma manera que se yerguen los chopos a la orilla de los ríos. Venía impresionado por ese acurrucarse y apretarse de vuestros pueblos, que se diría pretenden hacerse un horizonte próximo de tejados, porque el lejano de la meseta no invita a vivir una amable vida terrena, sino que clama por una vida transcendente, querenciosa del más allá.

Nuestro Unamuno, en sus primeros años de escritor, contrapuso vuestro paisaje y el nuestro. Estaba embebiendo del cariño entrañable a nuestras montañas. En un viaje a Alcalá discutió con otro vizcaíno, el Padre Lecanda, ganado ya por la belleza del paisaje castellano. Unamuno cantaba nuestros vallecitos de nacimiento y nuestras montañas azules. Esos valles hechos para dejarse vivir, con algo de regazo materno, en los que la vida discurre tranquila, le parecían más acogedores que vuestra tierra castellana, dura y austera. Pero, poco a poco, a medida que vivió en Salamanca, se le fué adentrando el paisaje de Castilla, del que se hizo máximo cantor. No podemos olvidar aquellos versos suyos, de hombre nacido entre montañas, en los que dice a la llanura castellana: «Es toda cima tu extensión inmensa, en ti tiene cuna el sol, en ti sepulcro, en ti santuario».

Cuando llegué, pues, hace años a Valladolid, cargado con esas sugerencias, encontré bilbaínos, estudiantes en vuestra Universidad, entregados también a la belleza de vuestra áspera tierra. Apenas pasé aquí unos días. Recorrí vuestras calles, visité vuestras Iglesias y monumentos, me examiné y me fuí. Desde entonces, siempre que he podido me he detenido en vuestra ciudad. Tenía

para mí un secreto y raro encanto. La había visitado en esa edad en que las cosas se adueñan del espíritu. Valladolid me había dado la visión certera de Castilla. Pero por encima de esas diferencias de paisaje, o si queréis por debajo, de una manera más profunda, nosotros, los vascongados, sentimos a Castilla no como a cosa extraña, sino como a cosa propia. Ha recordado Martín Abril, y es verdad, que afirmé en cierta ocasión y precisamente aquí, que éramos nosotros, los vascongados, los más viejos castellanos. Y es que nosotros, los vascos, con todas nuestras características, con nuestra singularidad racial, con nuestro viejo idioma, reclusos en nuestro rincón —rico de manzanas, pobre de pan e vino para seguir al poema— pero no tan aislado como se ha supuesto, nacimos a la vida de la Historia, cobramos conciencia histórica, con Castilla. En el momento inicial de Castilla, cuyo milenario celebramos no hace muchos años, fuimos tras de Fernán González. A medida que las huestes del Conde avanzaban por la llanura, los vascos se situaban en ella, colonizándola podíamos decir, y sobre vuestra tierra parda queda el recuerdo de la toponimia vascongada. Ahí están todos los vasconcellos y vasconcillos, y muchos términos de indudable origen euzkérico que confirman la existencia de los vascos sobre la meseta. No somos distintos. Somos los mismos, con la misma historia. Felizmente, aquel movimiento castellano que pudo parecer en su iniciación una algarada secesionista contra el sentido unitario de la monarquía leonesa, volviéndose paradójicamente sobre sí mismo, acertó a recoger ese sentido unitario, infundiéndole ímpetu renovador y savia popular. Castilla realizó de ese modo lo que Menéndez Pidal ha llamado la segunda unidad española. Unos somos, pues, y vinimos a la Historia

juntos y la hicimos siguiendo el mismo rumbo. No me siento, por tanto, extraño entre vosotros, pero sí disminuído al tener que hacer el Pregón de vuestra Semana Santa.

Pregón es dar a conocer algo que debe ser conocido o alabar algo que debe ser alabado. No hay que dar a conocer vuestra Semana Santa, porque es de sobra conocida, ni hay por qué alabarla, porque ella sola se alaba. Pero en otras ocasiones habéis tenido el acierto de encarregar este Pregón a hombres de vuestra ciudad. Ellos son los que pueden tener el sentimiento entrañable de vuestras procesiones, ese sentimiento que sólo se adquiere en los años infantiles y que cada año nos devuelve su fragancia vieja y nueva, con los acontecimientos que trae la rotación del calendario. Para cada uno, sea modesta o importante su ciudad, sea pobre o rica su villa, sea oscura e insignificante su aldea, las mejores procesiones serán las de su ciudad, su villa o su aldea. En la infancia se nos descubren en el pueblo en que vivimos los hechos decisivos de la existencia. El fallecimiento de un vecino nos da para siempre la conciencia tremenda de la muerte. Por la pareja de novios, que dialoga en la esquina, barrunta el niño los misterios del amor. Y son las conmemoraciones civiles y religiosas, con su repetición anual, las que crean en el alma infantil la conciencia civil y religiosa. Ha de faltar, por tanto, en mis palabras ese entrañable sentimiento que cada uno sólo puede tener cuando se trata de su propio pueblo. Recuerdo nuestras modestas procesiones bilbaínas. Hasta allí llegaron las influencias de la imaginería castellana, y, aunque insignificantes, nuestros «pasos», bultos se les llama castizamente en Bilbao, eran remedos de vuestra gran imaginería. Para mí, como para tantos bilbaínos, las procesiones de Semana Santa

serán aquellas que vimos desfilar por las Siete Calles y por el Arenal, en los primeros días primaverales, cuando la villa resurgía sonriente de entre las nieblas invernizas y el terco sirimiri. Aquellos «pasos» nos descubrieron para siempre el drama de la Pasión.

De ahí que piense muchas veces la emoción profunda de los niños vallisoletanos al ver vuestras procesiones. Han tenido la suerte no sólo de tener procesiones, como en tantos otros pueblos y ciudades, sino la de presenciar unas procesiones únicas por su belleza austera y por su profunda religiosidad. ¿Cuál no sería la emoción de vuestros niños del siglo xvii, en la ciudad rumorosa de los talleres de los imagineros, en los que surgían de la informe madera las imágenes en ese prodigio que es el nacimiento de una obra de arte? Emoción única. Recuerdo la primera vez que vi pintar. Era muy niño, puesto que, cuando murió el iniciador del paisaje moderno en España, D. Carlos Haes, no tenía más que seis años. Lo recuerdo así y todo con gran viveza y precisión. Haes venía frecuentemente, al atardecer, a nuestra casa de Algorta para hacer tertulia con mi abuela. Un día de verano vi pintar al viejo maestro, nacido en Bélgica, recriado en España y nacionalizado español, en el antiguo puerto algortense. Llegaban las lanchas cargadas de sardinas, centelleantes al sol, y el maestro, con un chal gris apretado a la cintura, sentado frente a su caballete, iba ante mis atónitos ojos infantiles transportando con sus pinceles, de la paleta a la tabla, los colores y haciendo surgir, con sus pequeños toques, la escena marinera. En la tablita minúscula veía yo reproducidos marineros y sardineras a quienes conocía. Me basta este recuerdo para imaginar la emoción de los niños vallisoletanos al ver a Gregorio Fernández trabajar en su taller, cuando la gubia convertía los toscos

leños en las figuras patéticas de la gran imaginería castellana. Allí estaba viva la emoción pura del arte y de la religiosidad. La escultura española ha sido cosa popular, ha nacido de la emoción de la piedad colectiva. La pintura, aunque tratara temas religiosos, fué un arte aristocrático. Los reyes, los magnates, los obispos la protegían, pero el arte de los imagineros fué un arte popular, sostenido por gremios y cofradías. En el siglo xv empezaron a venir artistas extranjeros a España; pero España tiene el don de enamorar a los que a ella llegan. Aquellos artistas fueron pronto ganados por España y fué su arte transformándose y haciéndose español. De la misma manera los españoles dan acento peculiar a las influencias extrañas. El propio Renacimiento, del que no recogimos las últimas intenciones, tal vez hubiera tenido una originalísima versión española si Bartolomé Ordóñez no hubiera muerto en flor. Su arte, tan italiano, tiene la vibración española de la emoción religiosa. Valladolid prueba cómo España conquista a los artistas forasteros. Un escultor extraño, de Champaña, Juni, se dejó ganar por vuestra ciudad, y por su piedad. Aquí, donde llegó dueño de sus medios de expresión, evolucionó de tal modo que es uno de vuestros escultores más representativos. De la misma manera, Toledo ganó para sí al Greco y le hizo español, en lo que no dejaría de influir su amistad con vuestro Alonso Berruguete.

España recoge todas las influencias extranjeras, pero las hace suyas y las da aientos de nueva vida. De ese modo nació nuestra imaginería. Se inició en los retablos, costosos retablos, muy de nuestro gusto, convertidos finalmente en marcos de los santos de palo. La piedad popular, congregada en cofradías, no pudo soportar la quietud de las hornacinas y, encendida de fervor, las

hizo estallar y paseó las imágenes a la luz del sol con un entusiasmo que acaso no haya igualado otro pueblo. Por las calles de España echaron a andar los santos patronos y los pasos de Semana Santa. Con ellos echaba a andar la emoción de lo propio, y el pueblo español los contemplaba arrobado. No penetramos tal vez jamás íntimamente en el espíritu del Renacimiento, porque el español no se entregó a la forma por la forma, como tiempo adelante tampoco se ha dado a lo del arte por el arte. Con la belleza se unió la piedad para crear nuestra gran imaginería religiosa. Así, Gregorio Fernández, gallego de origen, según parece, se castellanizó, y en la severidad de vuestro carácter se apoyó para lograr sus tallas prodigiosas. Muchos de sus discípulos tienen nombres que bien a las claras hablan de su origen vascongado: Elizalde, que quiere decir hacia la iglesia; Beovide, camino de yeguas, y otros que no hay por qué recordar en este momento. Todos ellos descubren la gran compenetración de Castilla y Vasconia. Antes ya había aprendido también el arte de esculpir otro vascongado, Ancheta. Unos éramos, enlazados por el sentimiento común de España.

En el sur surgieron otras escuelas de escultura más amables, más graciosas, como corresponde a una cultura más refinada, sin esa tendencia a lo patético de la escultura castellana, con ternura para esculpir la imagen de la Virgen y el Niño. Entre esas dos escuelas forman la escultura religiosa española. En Castilla se acentúa lo patético: los Cristos son más doloridos y sangrantes, las escenas más dramáticas. Esta preferencia por lo plástico se debe, probablemente, a que los españoles somos más visuales que auditivos, preferimos imágenes que nos entren por los ojos a emociones provocadas por el oído. Tal vez la fama de fanáticos y crueles que nos ha dado la leyenda

negra esté apoyada, en parte, sobre la necesidad de que nuestros sentimientos sean expresados y provocados a través de figuras dramáticas. Los países nórdicos, protestantes, más auditivos, han supuesto que esa necesidad de dramatismo visual es debida a que somos un país fanático y tenebroso, como si la música no fuera un arte cargado de las más oscuras emociones. Su vaguedad expresiva le salva de acusaciones concretas, pero los españoles podemos decir, no sin un poco de broma, que la música no es un arte tan inocuo cuando puede llevar a un hombre a poner valientemente banderillas o conducir los pueblos a la guerra. Que desistan esas interpretaciones extranjeras de suponer que nuestros imagineros obedecen a un carácter más apasionado y cerrado que el de ellos. Bajo las músicas extrañas laten, probablemente, un patetismo más sombrío y complicaciones psicológicas más turbias que bajo la apasionada agitación de nuestra imaginería. En el fondo son las suyas cabezas encastilladas en un fanatismo más cerrado que lo que puede ser el nuestro.

En la paz de Franco se restauran las viejas procesiones. Ya antes, en vuestro Valladolid, un vizcaíno, el Arzobispo Gandásegui, intentó hacerlas resurgir con todo esplendor. En la paz actual vuelven acaso menos cargadas de fe de lo que pudieron estar antaño, retornan a través de sentimientos menos ingenuos, más complicados y tornasolados, pero eso no importa. Recuerdo haber leído hace bastantes años un libro racionalista alemán sobre San Francisco de Asís. El autor sostenía que San Francisco era un snob. En la Florencia del XIII, donde había el afán de destacar, de sobresalir, de hacerse notar, él, hijo de un comerciante de segunda fila, no tenía la fortuna de otros muchachos, hijos de padres más ricos, y no le era posible, por tanto, hacer alarde de

riqueza. No podía competir con ellos en lujo, ni en refinados placeres. Entonces pensó que para vencer a los otros tenía un medio sutil y era el de sobresalir por lo contrario, dándose a la pobreza. Como veis, la interpretación corresponde a facetas bien claras del snobismo moderno. Esa era la conjetura del racionalista alemán. Se la conté una vez a un franciscano que me dió con toda naturalidad esta respuesta maravillosa: «Sí, acaso tuviera razón en parte ese alemán. La iniciación de San Francisco en la pobreza pudo ser por un movimiento snóbico, pero nunca se sabe qué caminos ocultos encuentra la Providencia para tocar el corazón de los hombres. Si puede haber una maliciosa razón humana en favor del alemán para explicar los primeros movimientos de San Francisco, lo cierto es que luego fué tocado por la mano de Dios y se entregó con toda verdad a El y a la pobreza». Esta réplica del franciscano puede servir también para justificar esta restauración de nuestras procesiones. Aunque no todo en ella sea piedad escueta, puede facilitar el camino para tocar de verdad el corazón de muchos. Sería deplorable que de las procesiones hiciéramos arqueología, o que las convirtiéramos en espectáculos de mera estética, pero aunque estos ingredientes no dejen de andar en ellas puede suceder —no olvidemos al franciscano— que terminen por encender la piedad española en pura llama de amor. De todos modos son en la calle una máxima lección. Siempre he creído que los niños aprenden más en la vida que en la escuela. En la escuela se enseñan cosas necesarias e importantes, pero al fin externas: a leer, a escribir —¡oh, suplicio!—, a no hacer faltas de ortografía, a contar, lo que se quiera. Pero la verdadera educación, la profunda, la íntima está en la familia y en la calle.

Los grandes espectáculos colectivos calan más hondo que las raquíticas enseñanzas escolares. Los niños que vean las procesiones españolas es indudable que guardarán indelebles recuerdos, y aunque, al correr de los años, puedan perderse en cualquier selva oscura, volverán a la vía recta, al acabar sus vidas, por la repercusión de aquellas escenas que contemplaron un día y que levantan en el ocaso alboradas de infancia y con ellas resurgimientos inesperados de religiosidad.

Vuestras procesiones han adquirido, y toda España lo sabe, una grandeza y un recogimiento insuperables. Muchos de sus espectadores me han dicho que más que la belleza de las imágenes les sobrecogía el silencio impresionante de las calles vallisoletanas. La piedad recogida y austera con que las gentes ven desfilar los pasos, la unción con que recrean la Pasión del Crucificado, las convierte en una lección inolvidable para los niños. Lección necesaria en este mundo en que vivimos, lívido de rencor. Este mundo en el que el hombre, como nuevo Prometeo, parece condenado a ser vencido por la grandeza de sus propios descubrimientos, en el que la ciencia se puede convertir en un arma antihumana. La ciencia, al darnos un increíble poder sobre las fuerzas naturales, ha planteado de manera dramática un profundo problema moral y teológico: ¿hasta dónde y cómo puede el hombre usar del dominio que ha adquirido sobre las fuerzas de la naturaleza? El mundo entero tiembla pendiente de que una bomba pueda destruir inmensos territorios y matar millares de seres. ¿Cómo evitar esa tragedia? Lo desconocen todos los que se sientan en torno a mesas pacifistas. Desde luego, las doctrinas al uso son incapaces de remediarlo. Los niños vallisoletanos, que ven desfilar por vuestras calles los pasos de Semana Santa, sabrían resol-

ver con mayor acierto esas trágicas antinomias. Mejor que los sabios y los políticos, vuestros niños, con magnífica sencillez, intuyen, ante la reproducción de la Pasión, el único alivio para la congoja humana. Esta España, a la que tantas veces se la ha llamado anacrónica, quizá esté poniéndose de actualidad y acierte a dar al mundo una nueva lección de moral, porque sabe que no puede haberla si no es en función de un valor trascendente de la vida. Cuando pasen los días de Semana Santa, y con ellos vuestras procesiones, después del luto y el recogimiento, volverán a sonar las campanas de gloria, las campanas de la Resurrección, garantía de nuestra inmortalidad, garantía de la resurrección de nuestra carne, de este cuerpo de barro, templo del Espíritu Santo, como le llamó San Pablo, de este cuerpo que patéticamente supieron tallar vuestros imagineros. Campanas que llenan de emoción a todos. Renan, al comienzo de sus recuerdos de niñez, para dar a entender que no se le había secado del todo la fuente de la religiosidad, recuerda la leyenda de Is, de su tierra bretona: En las concavidades de las olas, los días de tormenta, asoman las flechas de las Iglesias de la villa de Is, sumergida en el mar, y se oye su campaneo. Dice Renan que también él tenía escondida su villa de Is que le mandaba su campaneo de esperanzas. El viejo Fausto dejó la copa suicida porque oyó también las campanas de Pascua. ¡Que esas campanas levanten a la esperanza hasta los corazones más secos y desesperados! ¡Que también nosotros las oigamos con alegría y que sean, además de lo que son, las campanas de la resurrección de nuestra España!

ARCHIVO
VALLADOLID
MUNICIPAL

